



Egipto, no sólo consiguió el perdón de su tío si que también ganarse las simpatías del rey, que le nombró cobrador general de los tributos de Celesiria, Fenicia, Judea y Samaria (1).

Después de Ptolomeo Evergetes, reinó su hijo Ptolomeo Filopator, desde 221 á 204. Fué este un príncipe cruel y corrompido. La opinión pública le acusaba de haber envenenado á su padre, y esto debe ser cierto, porque más tarde hizo morir á su madre y á su mujer. Antiocho, llamado el Grande, rey de Asiria, le declaró la guerra con la esperanza de apoderarse de la Siria, Fenicia y la Judea, y en efecto, consiguió grandes victorias. Pero al fin perdió la última batalla y firmó la paz. La víspera de esta batalla decisiva faltó poco para que Ptolomeo fuera asesinado en su tienda, debiendo su salvación á un judío llamado Dositeo.

Habiendo ido á felicitarle por su victoria los senadores judíos en nombre de toda la nación, sintió vivo deseo de pasar á Judea; y, sin más consultar, fué á Jerusalem y sacrificó al verdadero Dios y cumplió con los deberes que el agradecimiento y la santidad del lugar podían exigir de él. Entrando después en el templo, admiró su construcción y magnificencia, y quiso penetrar hasta el santuario. En vano los judíos le dijeron que este lugar augusto estaba prohibido, no sólo á todos los de su nación, si que también á sus sacerdotes, excepto al soberano pontífice, y aun este no podía entrar más que una sola vez al año; en vano le enseñaron el pasaje de los libros santos donde estaba consignada esta ley; Ptolomeo respondió con altivez que esta ley no estaba hecha para él, y que entraría quisieran ó no. Entonces los sacerdotes revestidos de sus ornamentos, se prosternaron sobre el pavimento, conjurando á Dios para que viniera en su auxilio. Al ruido de sus gemidos toda la ciudad se alarmó: las vírgenes y las doncellas salen de su habitual retiro, y prorumpieron en lamentos por plazas y calles; las madres y los hijos, todo el mundo acude al templo santo; entre los hombres muchos gritan á las armas, costando mucho trabajo el contenerlos á los sacerdotes, que no se separaban del príncipe y se valían de todos los medios posibles para hacerle desistir de tan temeraria empresa: hasta sus mismos oficiales unían sus ruegos á los de los sacerdotes. Pero Ptolomeo, más irritado cuanto más resistencia se le oponía, da algunos pasos para entrar. En este momento todo el pueblo prorrumpe en gritos de terror que el eco del templo multiplica por todas partes. El gran sacerdote Simon, hijo de Onías, conjuró en alta voz al Eterno para que, olvidando sus iniquidades, vengara por su propia gloria el honor de su santuario. Inmediatamente el rey, herido por Dios, cae en tierra sin fuerza, sin movimiento y sin palabra: sus guardias le reconocen, temiendo que espirará en su presencia. Cuando volvió en sí, quebrantada como estaba, lejos de arrepentirse de su crimen, se retiró haciendo terribles amenazas (2).

Tal es lo que hemos leído en una antigua

(1) Josefo, Ant., l. 12, c. IV.  
(2) Mac., 1 y 2.

relación conocida con el nombre de Tercer libro de los Macabeos. Y aunque esta relación no esté admitida en el canon de los libros divinos, no por eso debemos dudar de su verdad, porque se encuentra entre los más antiguos manuscritos de la Biblia, de los Setenta, entre otros, en el que hay en el Vaticano. Todo lo que esta relación nos dice de las costumbres de este Ptolomeo, está enteramente conforme con lo que del mismo nos dicen los autores profanos (1). De vuelta á Egipto, se entregó más que nunca á la crueldad y á toda clase de excesos; á su mujer, que acababa de dar á luz un hijo, único que tenía, la hizo dar muerte para vivir públicamente con una cortesana. Los judíos de Alejandría fueron los que más sufrieron los caprichos de su tiranía.

Para vengarse de la afrenta que creía haber recibido en Jerusalem, prohibió la entrada en su palacio á todo el que no ofreciera sacrificios antes á sus dioses; condenó á todos los judíos á la esclavitud, y los marcó con un hierro candente en forma de hoja de yedra para significar que estaban consagrados al servicio de Baco.

El que rehusaba someterse á este decreto era condenado á muerte. Esto no obstante, si alguno de ellos quería iniciarse en los misterios de sus dioses, disfrutaba de los mismos privilegios que los ciudadanos de Alejandría. Sólo trescientos abrazaron la religión del príncipe, movidos por los honores y las dignidades con que se les brindaba. Todos los demás, en número muy considerable, fueron constantes en su religión. De estos, unos recobraron su libertad á precio de oro y otros hallaron hospitalidad entre los humanitarios griegos de la ciudad, que les ocultaron.

Cuando se vió contrariado en sus crueles designios, Filopator, lleno de ira, resuelve exterminar, no solamente á los judíos de Alejandría, sino también á los de Egipto, imponiendo pena de muerte al que ocultara uno sólo.

De todas partes traían á estos desgraciados, ancianos y niños, y fueron encerrados en el hipódromo, vasto recinto destinado á las carreras de caballos y carros, para ser pisados por los elefantes y servir de diversión al rey y al pueblo. El primer día que debía celebrarse este inhumano y cruel espectáculo, no asistió el rey, porque la noche anterior se excedió en la bebida y no despertó hasta una hora después de la señalada. El segundo día sucedió lo mismo. El tercero, en medio de los excesos de la mesa, preguntó con voz terrible á Hermon, intendente de los juegos, por qué no había dado libertad á los judíos. Hermon le hizo ver que no tenía culpa, y el rey le mandó preparar los elefantes para el día siguiente por la mañana. El rey, no acordándose tampoco en este día de lo que había dicho en el anterior, preguntó por qué se había puesto en marcha todo el pueblo. Habiéndole dicho Hermon que todo estaba preparado para el tormento de los judíos: ¡Desgraciado! exclamó de repente Ptolomeo Filopator; si se hubiera tratado de alguno de tus hijos ó parientes, ¿habrías preparado los elefantes con

(1) Polibio.



tanta actividad como los has preparado hoy contra los judíos que siempre fueron fieles á mis antepasados? Si no fuera por los servicios que me has prestado y los estrechos vínculos que una educación común ha establecido entre nosotros, te haría morir en lugar de los judíos. Hermon y los grandes de la corte se retiraron confundidos, y mandaron al pueblo que cada uno volviera á su casa.

Algunos días después, en medio de la alegría de un festín, el rey apostrofó de nuevo á Hermon en estos términos: Indigno servidor, ¿cuándo respetarás mis órdenes? Que mañana, sin dilación, estén dispuestos los elefantes para librarme de los judíos. Los convidados, habiéndole hecho ver la inconveniencia y el peligro de sus frecuentes irresoluciones, juró que haría perecer á todos los judíos bajo los pies de sus elefantes; que al regresar después á la Judea todo lo llevaría á sangre y fuego; que destruiría el templo, cuya entrada se le había prohibido, y que no permitiría se volvieran á ofrecer en él más sacrificios. Hermon preparó los elefantes en número de quinientos, dándoles de antemano algunos brebajes para aumentar su ferocidad. El pueblo estaba reunido en el hipódromo cuando el rey se iba acercando. Entonces los judíos se creyeron en los últimos momentos de su vida; padres, madres é hijos se daban el postrer abrazo y se deshacían en lágrimas. Un venerable anciano, el sacerdote Eleazar, levantándose en medio de la muchedumbre, hizo calmar los gritos de los que le rodeaban, y dirigió al Señor una ferviente súplica implorándole que se apiadara de aquellos desgraciados.

Apenas Eleazar hubo terminado su plegaria, cuando entró el rey en el hipódromo con los elefantes y todo su ejército. A la vista de este espectáculo prorumpieron los judíos en descompasados llantos y súplicas, que dirigían al cielo, y todos los lugares vecinos resonaron sus tristes ecos: este desgarrador espectáculo arrancó lamentos á todo el ejército, el cual distinguió al mismo tiempo dos ángeles de un terrible resplandor que avanzaban hacia él, y esparcieron en sus filas el terror y la turbación; los elefantes, dirigiéndose contra los que les seguían, les hacían y aplastaban bajo sus pies. El rey también, conmovido por los terribles gritos que lanzaban los judíos que se habían prosternado en tierra esperando la muerte, tuvo piedad de ellos y se arrepintió de todo lo que había hecho contra ellos, y dirigiéndose á sus favoritos con voz amenazante y entrecortada de sollozos: Me habeis engañado, les dijo, y por una crueldad más negra que la de los tiranos, y digna, en fin, de vuestra ingratitud, habeis tratado al mismo tiempo de quitarme la vida y la corona, acometiendo secretamente empresas tan funestas para el Estado. ¿Por qué injusta orden se encuentran reunidos aquí de todas partes, para perecer por vengonzosos suplicios, hombres que jamás turbaron la tranquilidad de este imperio y que en todo tiempo nos han dado testimonio de adhesión y de afecto más que ningun otro pueblo, exponiéndose por nosotros á peligros extremos y sin número? Romped de hoy más estas injustas cadenas, y llenos de pe-

sar por lo que ha pasado volvedles en paz á sus casas, porque son los hijos del Dios Todopoderoso, que mora en lo más alto de los cielos, y por quien este imperio ha permanecido inquebrantable desde el primero de mis antepasados hasta mí.

Cuando volvió á su palacio, el rey hizo llamar al intendente de su casa; le mandó que suministrase á los judíos, durante siete días, vino y todas las cosas necesarias para alimentarse, queriendo que celebrasen su libertad en el mismo lugar en que se habían hecho los tristes aparatos de sus suplicios. Les permitió que diesen muerte á los apóstatas, teniendo en cuenta que las gentes que reniegan de su Dios por su vientre, no serían mucho más fieles á su rey. Los judíos celebraron su libertad durante siete días, y perpetuaron el recuerdo de ella por una fiesta anual. Después de lo cual, cada uno regresó á su país cantando himnos por el camino, y celebrando y publicando por todas partes el poder y la misericordia de Dios.

Iban precedidos de la siguiente carta del rey: «El rey Ptolomeo Filopator, á todos los gobernadores y oficiales del Egipto, salud y prosperidad: Nos y nuestros hijos gozamos de una perfecta salud, haciendo el Dios soberano que todos nuestros negocios tengan un éxito á la medida de nuestros deseos. Algunos de nuestros favoritos, prevenidos de un injusto odio contra los judíos, habían obtenido de nos, después de muchas y vivas instancias, el permiso de hacer una exacta indagación de todos los de este pueblo que viven bajo nuestro dominio, y hacerles perecer, como rebeldes, por nuevos géneros de suplicios, diciendo que no había otro medio de poder asegurar la tranquilidad del imperio contra un pueblo por naturaleza enemigo de todos los demás. Después de haberles reunido aquí de todas las partes con un rigor inaudito, y después de haberles tratado, no como á esclavos, sino como á los hombres más criminales, no han observado en su presencia ninguna forma de justicia, sino que, por una crueldad más horrible aún que la de los escitas, trataron de cebar su odio en la completa destrucción de esta nación. En cuanto á nosotros, por el contrario, siguiendo los impulsos de la ternura paternal que sentimos hacia todos los hombres, hemos tenido una viva indignación contra los autores de estos atroces designios, y no hemos omitido nada para sacar á los judíos de sus crueles manos, porque hemos reconocido en todo que estaban bajo la protección del Dios del cielo, y que les defiende como un padre defiende sus propios hijos; habiendo, pues, recordado la inviolable fidelidad que siempre tuvieron hacia nos y hacia nuestros predecesores, les hemos declarado inocentes, y hemos mandado que se les deje volver á los habituales parajes de su residencia, sin que se les dirija el menor insulto ó se les eche en cara jamás los tratamientos que han sufrido con tanta injusticia. Sabed, pues, que si formamos contra ellos algunos malos designios, ó les inquietamos de cualquier modo que sea, nosotros responderemos de ellos, no á un hombre, sino á un Dios terrible y todo-





»poderoso, que extenderá sobre nosotros su »brazo vengador, sin que podamos evitarlo. »Adios; pasado bien (1).»

Esta carta y los sucesos que la motivaron debieron causar una profunda impresion en Egipto y en los países circunvecinos. Esta era una ocasion favorable á los hombres que buscaban sinceramente á Dios, para reconocerle y tributarle el culto que le era debido.

Habiendo muerto Filopator el año 204, sin ser sentido por nadie, su hijo Epifanes le sucedió á la edad de cinco años y medio. Antíoco el Grande, que en el intervalo habia obtenido brillantes triunfos hasta en el fondo de la India, quiso aprovecharse de la coyuntura para recobrar de un rey menor la Celesiria y la Palestina, lo que ejecutó en dos campañas. Pero mientras estaba ocupado contra Atalo, rey de Pérgamo, Escopas, general griego de Ptolomeo, reconquistó muchas ciudades, recobró á viva fuerza la Judea, puso una guarnicion en la ciudadela de Jerusalem, y se enriqueció tambien con el botin. Pero algun tiempo despues, volviendo Antíoco sobre sus pasos, le derrotó en una gran batalla cerca de las fuentes del Jordan, y recobró la Celesiria y Samaria. Entonces los judíos se rindieron voluntariamente á él, recibieron su ejército en su ciudad, alimentaron sus elefantes y asistieron á aquellas de sus tropas que atacaron la guarnicion, que Escopas habia dejado en la ciudad. Polibio, uno de los más juiciosos historiadores griegos, y amigo del segundo Escipion, hablaba así de estos sucesos en su libro VI: «Despues de su victoria sobre Escopas, Antíoco tomó á Batanea (antiguo Basan), Samaria, Abila y Gadara. Poco despues se rindieron á él tambien los judíos que habitaban al rededor del templo de Jerusalem. Muchas cosas tendria que decir, especialmente de la manifestacion de la Divinidad en el templo, pero ya me ocuparé de esto en otra ocasion.» De sentir es, ó que Polibio olvidara su promesa, ó que su relacion se haya perdido con tantas otras partes de su excelente historia.

Para recompensar los servicios de los judíos, Antíoco, en un decreto á uno de sus gobernadores, por nombre Ptolomeo, ordenó dar libertad y sus bienes á todos los que habian sido privados de ellos á causa de la guerra; eximió de todo tributo por tres años á todos los habitantes de Jerusalem, y para siempre á todos los sacerdotes y demás ministros del culto divino; asignó rentas para la reparacion del templo y oblacion de los sacrificios con entera libertad de vivir, segun las leyes y segun su religion. Por otro decreto prohibió á todo extranjero entrar en el templo sin el consentimiento de los judíos, obedeciendo en esto quizás á evitar que se reprodujera otra escena como la del atentado de Filopator, que habia querido entrar en él por fuerza.

Más de un motivo tenia el rey de Siria para mostrarse favorable con los judíos; siempre habian sido bien tratados por sus predecesores; por lo que hace á los de la Palestina, se aseguraba él la posesion de este país y de

(1) 3, Mac., 2, 7.

toda la Celesiria; por último, en sus expediciones de Oriente, los judíos de la Babilonia y de la Mesopotamia le habian prestado grandes servicios. Tenia tan elevada opinion de su fidelidad, que con ocasion de un levantamiento en sus provincias de Asia Menor, escribió á Zeuxis, anciano general á quien habia confiado el gobierno y á quien llamaba padre, y le dijo: que sabiendo se habian amotinado en la Frigia y en la Lidia, juzgaba muy oportuno, previo su consejo, enviar allí una guarnicion que distribuiria en los lugares que juzgara él más á propósito, compuesta de doscientas familias de judíos que habitaban en la Mesopotamia y en Babilonia, «porque su piedad para con Dios y las pruebas que los reyes nuestros predecesores han recibido de su afeccion y fidelidad nos dan motivos para suponer que nos serán de grande utilidad. Así que, deseamos, á pesar de las dificultades, que les obliguéis á que pasen á aquel lugar, permitiéndoles que vivan segun sus leyes, y les deis tierras donde edificar y donde poder cultivar y plantar viñas sin obligarles á pagar en diez años tributo alguno por los frutos que cojan. Deseamos tambien que les suministreis granos con que sustentarse hasta que puedan contar con los frutos de su trabajo; y de esta suerte y atendiendo á las pruebas que les damos de nuestra bondad, nos servirán con mayor contento. Os recomendamos tengais especial cuidado de ellos para que nadie tenga la osadia de molestarlos.» De esta colonia de judíos proceden la mayor parte de los que despues veremos en tan gran número en el Asia Menor, especialmente en los tiempos de la predicacion del Evangelio. Fueron estos por espacio de dos siglos antes de Jesucristo, como los apóstoles para las naciones de este país.

Antíoco, ocupado en otras empresas contra Filipo de Macedonia y Roma, hizo la paz con el joven Ptolomeo, y le dió por mujer á su hija Cleopatra, con la Palestina y la Celesiria por dote, excepto los productos que habian de repartirse á medias entre los dos reyes. Él contaba con que su hija le ayudaria tambien á apoderarse del Egipto. Se engañó de medio á medio. Casando Ptolomeo con Cleopatra, se casó tambien con sus intereses. Aun más; habiendo sido atacado Antíoco por los romanos en la Grecia, fué completamente derrotado y condenado á perder varias provincias, y á pagar crecidas sumas. Para hacer dinero, penetró en Asia, saqueó el templo de Elimaís y pereció no se sabe cómo, porque en esto no están conformes los historiadores.

Su hijo Seleuco Filopator le sucedió en el trono.

En este tiempo Jerusalem gozaba de una paz inalterable, y las leyes eran fielmente observadas á causa de la piedad y grande energia del gran sacerdote Onías III, hijo y sucesor de Simon II. Hasta los reyes y los principes respetaban aquel lugar y adornaban el templo con sus magníficos dones. Seleuco, siguiendo las huellas de su padre, costeaba con sus propias rentas todos los gastos que se relacionaban con el ministerio de los sacrificios. Pero



Simon, que era de la tribu de Benjamin y que tenia la intendencia del templo, tuvo una disputa con el principe de los sacerdotes, relativa á la administracion de la ciudad. Viendo que él no podia lograrlo que deseaba con Onías, se llegó á Apolonio, que mandaba por aquel tiempo en la Celesiria y en la Fenicia. Se le anunció que habia en Jerusalem crecidísimas sumas de plata encerradas en el tesoro; que estas sumas estaban destinadas para cosas públicas y no para el gasto de los sacrificios, y que seria mejor que estos tesoros fueran á parar á manos del rey. Apolonio, despues de dar aviso á su señor, este hizo llegar á su presencia á Heliodoro, que era su primer ministro y le envió con órden de apoderarse de aquel dinero.

Heliodoro partió al punto como para visitar las ciudades de Celesiria y de Fenicia, pero en realidad para cumplir las órdenes del rey. Luego que hubo llegado á Jerusalem, y despues que fué recibido en la ciudad por el gran sacerdote con toda clase de demostraciones, le declaró el parte que habian dado al rey relativo al dinero y el verdadero motivo de su viaje, preguntándole si lo que habian dicho era cierto. Entonces el gran sacerdote le hizo ver que aquel dinero no era más que un depósito que se conservaba en el templo para la subsistencia de las viudas y huérfanos, y que una parte de este dinero de que el impío Simon habia dado parte, pertenecia á Hircan, hijo de José y nieto de Tobias, gobernador del país del otro lado del Jordan, siendo toda la suma de cuatrocientos talentos de plata y doscientos de oro, y que era imposible por lo demás engañar á los que habian depositado su confianza en aquel lugar y templo que se veneraba por toda la tierra por su santidad. Pero Heliodoro, insistiendo en las órdenes que habia recibido, respondió diciendo que no habia más remedio que llevarlo al rey á cualquier precio que fuera. Entró, pues, en el templo el día que habia señalado para ejecutar sus órdenes.

Toda la ciudad estaba llena de consternacion y espanto. Los sacerdotes se prosternaban al pie del altar con sus vestidos sacerdotales invocando al Dios del cielo que habia dado la ley de los depósitos, y suplicándole los conservara en su templo.

Nadie podia mirar el semblante del gran sacerdote sin ser conmovido fuertemente; pues el cambio de color en su rostro daba á entender claramente el dolor interior que se habia apoderado de su alma.

Muchos acudian en masa á sus propias casas para implorar de Dios con públicas oraciones que no permitiera que un lugar tan santo se viera expuesto al desprecio. Las mujeres, cubiertas con cilicio, acudian tambien por las calles; las mismas vírgenes que antes se hallaban encerradas, corrian unas con Onías á los pórticos del templo, otras á las murallas, y por fin otras se asomaban desde sus moradas para presenciar tan triste espectáculo.

Y todas dirigian sus súplicas á Dios, levantando sus brazos hácia el cielo.

Heliodoro insistia en su propósito, hallándose de pie con sus guardias á la puerta del tesoro. Pero el espíritu de Dios omnipotente

se manifestó entonces con visibles señales hasta el punto de que todos los que habian obedecido las órdenes de Heliodoro, trasformados por una virtud divina, se llenaron de temor y abatimiento, pues se les apareció un valeroso jinete montado en un brioso caballo y ricamente enjaezado, que dió un fuerte golpe á Heliodoro. El jinete parecia llevar armas de oro. Otros dos se aparecieron al poco tiempo, tambien varones esforzados y de gran belleza, y ricamente vestidos, y en pie cerca de Heliodoro no cesaban de golpearle. Heliodoro cayó al suelo de repente envuelto en la oscuridad, y hubieron de levantarlo y llevarle en una litera fuera del templo. Y el que habia entrado en el tesoro, precedido de un gran número de guardias, estaba furioso sin que nadie pudiera socorrerle. La virtud divina se habia manifestado de un modo bien visible. Herido por esta virtud, estaba echado en tierra sin esperanza de vida; pero los demás bendecian al Eterno porque habia glorificado su morada; y el templo, que antes estaba lleno de terror y espanto, se trocó en llantos de alegría y de regocijo. El Eterno habia manifestado su omnipotencia.

Entonces algunos de los amigos de Heliodoro suplicaron á Onías invocase al Altísimo para que diera la vida al que estaba para exhalar el último suspiro. El gran sacerdote, considerando que el rey podria suponer que los judíos habian cometido un atentado contra su ministro, ofreció por su curacion una hostia saludable. Y cuando el gran sacerdote oraba, aquellos gallardos jóvenes, revestidos con los mismos trajes, se presentaron á Heliodoro y le dijeron: Da las gracias al gran sacerdote Onías porque el Eterno te ha dado la vida por su causa. Y tú así castigado como has sido por Dios, anuncia sus maravillas y su poder. Despues de dichas estas palabras desaparecieron.

Habiendo Heliodoro ofrecido una hostia á Dios, y hecho voto y promesa al que le habia concedido la vida, dió gracias á Onías, formó sus tropas y se volvió al rey. Y dió testimonio á todos de las maravillosas obras del supremo Dios que habia visto por sus propios ojos. Y preguntándole el rey quién le parecia á propósito para ser enviado nuevamente á Jerusalem, le contestó diciendo: Si teneis algun enemigo ó alguno que maquine proyectos contra tu reino, mandadle á aquel lugar, y yo os aseguro que si llega á librarse de la muerte, ha de venir muy mal parado, porque en aquel lugar hay, á no dudarlo, una virtud divina. El que habita en lo alto está presente en aquel lugar, y es su protector, y hiere y pierde á los que van para cometer el mal (1).

Una observacion que no es de despreciar es que el texto griego del libro de los Macabeos, para designar el maravilloso suceso que nos ocupa, se sirve de la misma expresion que el historiador Polibio en el pasaje en donde habla del templo de Jerusalem, la palabra *epifania*; es decir, manifestacion. Polibio florecia en la época misma del suceso, y fué á Egipto poco tiempo despues.

En Egipto Ptolomeo Epifanes habia muerto

(1) 2, Macabeos, 3.





envenenado, en 180, á la edad de veintinueve años, y despues de haber reinado veinticuatro. Dejó por sucesor á su hijo primogénito Ptolomeo Filometor, que apenas contaba cinco años de edad, y que estuvo del mismo modo que su padre bajo la tutela de una regencia y la proteccion de Roma, hasta la edad de catorce años, época de la mayor edad para los reyes de Egipto. Reinó treinta y cinco años, pero fueron interrumpidos por un interregno de su hermano Evergetes II ó Fison. Filometor tuvo por preceptor á Aristóbulo, sacerdote de la raza de Aaron, y filósofo de la escuela de Aristóteles. El maestro dedicó á su discípulo una especie de comentario sobre los libros sagrados de los hebreos. Consideraba como una cosa incontestable que Pitágoras y Platon habian tenido conocimiento de ellos. Ya antes de Demetrio de Falereo, y aun antes del imperio de Alejandro y de los persas se habia traducido al griego lo que concernia á la salida de Egipto, las manifestaciones ó epifanias de la Divinidad, la entrada en la tierra prometida, y el sumario de toda la ley. Despues, añadia, bajo Ptolomeo Filadelfo, vuestro abuelo, y por los desvelos y cuidados de Demetrio, se hizo una interpretacion completa de toda ella. Cuando allí habla de la voz de Dios, no hay que imaginarse un sonido que pasa, sino la creacion misma de la cosa. Pitágoras, Sócrates y Platon me parece que lo habian entendido así, cuando decian que habian oido la voz de Dios, contemplando el universo que ha producido y que conserva. Orfeo se expresaba en el mismo sentido. Sobre cuyo punto cita los versos de este poeta, como igualmente los de Arato, citados despues por San Pablo. Lo que estos poetas dicen de Zeus ó Júpiter lo recibimos con ciertas restricciones: su pensamiento se eleva hasta Dios, pero segun confesion unánime de los filósofos, es necesario tener de Dios nociones santas. Esto es precisamente lo que hace nuestra ley maravillosamente, porque se refiere á él completamente. Habla despues de la creacion de los seis dias, y del descanso del sétimo, cuya santidad demuestra estar reconocida por los poetas. Esto es lo que hay más notable en el fragmento que Eusebio nos ha conservado de su obra (1).

Cuando se considera que todo esto se escribia, que todo esto se enseñaba por un descendiente de Aaron, en la córte de los Ptolomeos, en el mismo palacio en que estaban reunidos los primeros sábios del mundo, no se puede menos de admirar los cuidados de la Providencia en hacer brillar la verdad allí donde el error podia hacer mayor mal.

(1) Euseb., *Præp.*, l. 13, c. XII.

Más tarde, bajo el gobierno de Júdas Macabeo, del año 166 antes de Jesucristo al 161, cuando contaba Filometor de veinte á veintiseis años, Júdas y el pueblo de Jerusalem escribieron una carta á su preceptor Aristóbulo.

Bajo el reinado del mismo principe el Egipto recibió del cielo un favor todavía más singular; en medio de él se levantó un templo al verdadero Dios.

Onias, hijo del gran sacerdote Onias III, habiendo sido impedido por sus tíos el suceder á su padre, desterrado en Antioquia, se retiró á Egipto, ganó la voluntad de Filometor y de su mujer Cleopatra, mandó los ejércitos, administró importantes negocios con el mejor éxito.

En el colmo del favor, pidió y obtuvo el permiso de construir un templo para los judíos de Egipto, parecido al de Jerusalem, y del cual serian grandes sacerdotes él mismo y sus descendientes.

Estando entonces Jerusalem en poder de los reyes de Siria, estaba en interés de Ptolomeo el presentar á los judíos en Egipto tambien las ventajas religiosas que iban sin esto á buscar á Judea. Onias era entonces gobernador de la provincia de Heliópolis. Allí, pues, construyó un templo segun el plano del de Jerusalem, pero un poco menos grande y menos esplendido; colocó en él un altar de los holocaustos, otro de los perfumes, una mesa de los panes santificados, con todos los utensilios necesarios; únicamente reemplazó por una lámpara el candelabro de siete brazos. Cuando se acabó el templo, le cercó con unas murallas muy altas, en él colocó sacerdotes y levitas para hacer todo lo mismo como en el de Jerusalem. En fin, pobló de judíos toda la provincia (1). Este singular suceso le habia predicho el profeta Isaías cinco siglos antes, en estos términos: «En aquel dia habrá cinco ciudades en el país de Mizraim que hablarán la lengua de Canaan y que jurarán por Jehováh Sabaoth, y la una se llamará ciudad del Sol ó Heliópolis. En aquel dia habrá un altar á Jehováh en medio del país de Mizraim y un monumento á Jehováh en la frontera (2).»

Mientras que un sacerdote de Aaron, el sacerdote Aristóbulo, enseñaba en la córte de los Ptolomeos la divina sabiduría y la humana; mientras que un legítimo sucesor de Aaron levantaba al Eterno un templo en Egipto, otro sábio fué de Jerusalem al mismo país y compuso en él un libro que la Iglesia venera en el número de los libros divinamente inspirados. Éste fué Jesús, hijo de Sirac.

(1) Josefo, *Anti.*, l. XIII, c. VI.

(2) Is., XIX, 18 y 19.

### III

Filósofos, poetas é historiadores de la gentilidad.—Corporaciones filosóficas y filósofos principales.—LA CHINA.—Lao-Tseu.—Confucio.—Discipulos de Confucio.—Ineficacia de la filosofía en China.—Estado actual de la China bajo el punto de vista moral.—La INDIA.—Omnipotencia moral de los filósofos en la India.—Riqueza literaria y pobreza histórica de este país.—Exageracion de la idea de Dios.—Sistema doctrinal de los indios.—Las nueve encarnaciones de Vishnu.—Budha.—El Dalai-Lama.—Los brahmanes.—Libros sagrados de la India.—LA CALDEA y LA PERSIA.—Los Magos.—Zoroastro.—Doctrina del Zend.—Avesta.—EL EGIPTO Y LA ETIOPIA.—Los libros de Hermes.

Donde terminan los profetas de Israel, allí comienzan los filósofos, los poetas y los historiadores de las naciones. Los profetas se suceden desde Adán hasta Malaquías, á través de un espacio de treinta á cuarenta siglos.

Los sábios, comunmente llamados filósofos, comenzaron como unos seis siglos antes de Jesucristo y concluyeron seis siglos despues. Los principales son: Lao-Tseu, Cong-Futseu ó Confucio y Meng-Tseu, entre los chinos; Zoroastro y Hostanes, entre los persas; Tales, Heráclito, entre los griegos del Asia; Anaxágoras, entre los griegos de Europa; Pitágoras, Jenófanes, entre los griegos de Italia; Empedocles, entre los griegos de Sicilia; Sócrates, en Atenas, así como Platon, Aristóteles, Zenon, Aristipo, Diógenes, Epicuro, Pirron, etc.; Ciceron, entre los romanos.

Cuando se predicó el cristianismo, muchos filósofos le abrazaron. San Pauteno, á quien los pueblos de la India le hicieron ir de Alejandria para instruirlos en el Evangelio, fué un filósofo estóico; San Aristides, que presentó una apología de la religion cristiana al emperador Adriano, era un filósofo de Atenas; el santo mártir Justino, que presentó igualmente una apología al emperador Marco-Aurelio, era platónico y seguía como San Aristides, llevando la capa de filósofo. Los que no abrazaron el cristianismo, se apropiaron más ó menos sus doctrinas, como Séneca, Epicteto, Marco-Aurelio, Plotino, Jamblico y Proclo.

Esta especie de sucesion termina en el sexto siglo con dos ilustres católicos, Boccio y Casiodoro, ambos cónsules romanos.

A los individuos, preciso es añadir las castas ó corporaciones enteras; los brahmanes ó bramas de la India, que aún subsisten, los magos de la Persia, los caldeos de la Asiria y los sacerdotes del Egipto, y tanto más, cuanto que varios de los filósofos arriba nombrados iban á consultar á estas corporaciones.

Pero especialmente la raza de Abraham, era completamente una raza de verdaderos sábios. Tambien un filósofo de Atenas, Teofrasto, discípulo y sucesor de Aristóteles, y despues de él Porfirio, filósofo-griego de la Fenicia, cuenta á los judíos entre los filósofos. No se ocupaban más que de la divinidad, dice él. A Abraham y á su biznieta José debe el Egipto todo lo que

tiene de verdad su sabiduría. Job, su descendiente por Esaú, filosofaba con sus amigos de Teman, de Sue, de Naamath mil años antes de la Grecia. La sabiduría de Salomon causaba la admiracion del Egipto, de las islas del Mediterráneo ó de la Europa y del Asia hasta el Eufrates, cinco siglos antes que se ocuparan de Sócrates. Cuando se levanta este imperio universal, que debe contribuir por la fuerza á unir todos los pueblos, un profeta ó sábio de Israel, Jonás, fué enviado á Nínive, su primera capital, para que predicara la penitencia, ó la vuelta á la verdadera sabiduría. Y su palabra fué más eficaz que lo fué nunca la de los sábios de Atenas y de Roma.

Tobias, en la córte de Salmanasar, dió allí sus enseñanzas con sus discursos y con su ejemplo. Este imperio es trasportado á Babilonia, y Daniel y sus compañeros allí acuden para arrebatarse con sus enseñanzas sobre todos los sábios de Oriente. Daniel se hace el jefe de los magos. Su fama se extiende por todas partes. Se le echa en cara al rey de Tiro el exceso de su orgullo, por quererse comparar en sabiduría á Daniel. Este profeta y los demás compañeros son filósofos ó amantes de la ciencia, no sólo en palabras, sino en obras. Para colmo de sus honores, se dejan arrojar al horno y á la fosa de los leones, antes que retener la verdad cautiva, y antes que dar á la criatura el culto debido á Dios; y los edictos del rey anuncian el triunfo de su sabiduría á todos los pueblos de la monarquía universal. Por último, esta monarquía pasa de los babilonios á los persas, y Ester y Mardoqueo, cuyas tumbas se veneran aún hoy en Oriente, suceden á Daniel; publican la sabiduría de los hebreos en las ciento veintisiete provincias, entre las cuales se comprenden la India y la Etiopía.

La gran gloria de este pueblo verdaderamente filósofo, verdadero amante de la sabiduría, es que durante los quince siglos antes de la sabiduría encarnada, fué el único pueblo de la tierra que profesó públicamente el culto del verdadero Dios. Verdad es, dice Bossuet, que desde la ley de Moisés los paganos habian adquirido una facilidad más grande para conocer á Dios por la dispersion de los judíos, y por los prodigios que Dios habia hecho en su favor, de suerte que el número de los particu-